



Madrid 13 de Febrero de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 6

Oficinas: Serrano, 88, 2.º

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—
Explicación de los grabados.—Labores.—
Mefistófeles, por Julio Nombela.—Un ade-
rezo de brillantes, novela, por Mario Lara.—
Ecos de la novela de la vida, por Juan de
Madrid.—Preguntas y respuestas, por la
Secretaría.—Pasatiempo.—Corresponden-
cia.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

A medida que se aproxima el Car-
naval, la fiebre de las damas, que
no perdonan una sola de las infinitas
fiestas que se suceden en el mundo
elegante, raya en delirio y llega á la
locura.

Cuando mis lectoras tengan ante
sus ojos estas líneas, el imperio de la
careta estará en todo su apogeo, y se
figurarán perfectamente el cuadro de
de la vida parisiense, que no hago
más que bosquejar.

Ya es inútil hablar de los trajes de
baile, de los disfraces, de los adorno-
s, de las joyas que el gas ó la luz
eléctrica acarician con sus fulgores.
Los preparativos terminaron; esta-
mos en plena función; cada cual ha
desplegado ya las facultades de su
ingenio, los recursos de su bolsa, los
detalles de su gusto; y mientras las
modistas descansan, contemplando
admiradas su obra, realizan las da-
mas los portentos soñados, en los
aristocráticos salones, ó en los bailes
de máscaras de la Ópera, sin notar
todavía que bajo la seda, el terciopelo
y los encajes palpita agitado si-
mo un corazón que muy en breve,
cuando cese la fiesta, cuando los ecos
de la música se extingan, cuando al
bullicio reemplace el silencio, ha de
quedar rendido y extenuado.

En ese momento, como todos los
años, acudirá la religión á recordar á



[Núm. 1.—SOMBRERO CARLOS IX]

las heroínas de tantas grandezas que
«de ceniza somos, y que en ceniza
hemos de convertirnos.» Pero ¡qué
bien combinado está todo! En el ins-
tante del desfallecimiento, cuando
las galas y los triunfos mundanos
parecen alejarse de nosotros, el des-
canso, el recogimiento, la meditación
en las cosas divinas reconstituyen
las perdidas fuerzas, y esos corazo-
nes gastados, que sólo conservan de
la locura de estos días un recuerdo
vago como el de un hermoso sueño,
renacen como renace la naturaleza
en la primavera, que siempre reaparece
en el período de la meditación
cristiana; y otras dulzuras y otras be-
llezas y otros encantos más tranqui-
los, más agradables, más puros, re-
emplazan en nuestra imaginación y
nuestro sentimiento á los que los lle-
naron en estos días que preceden al
Carnaval, días ó, mejor dicho, noches
de sensaciones, de placeres, más arti-
ficiales que reales y positivos, pero
que dan idea de la cultura, de la ci-
vilización de los pueblos en que el
lujo y la opulencia son la lluvia be-
nédica que fecundiza el campo de la
riqueza general.

Las lectoras habrán notado que
soy muy dada á consideraciones un
tanto filosóficas. No sé si esto les
agradará, y sentiría molestarlas; pero
me parece que este género de revis-
tas sin la salsa de los comentarios
agridulces, se asemejaría mucho á
los maniqués en que exhiben los
magníficos trajes los almacenes de
novedades.

No está mal que nos acicalemos y
sigamos la moda; pero no renuncie-
mos por eso á pensar y sentir.

Dos grandes fiestas han permitido
contemplar la más completa exhibi-
ción de las magnificencias del traje y
del prendido en París: las que se han
celebrado en el Gran Hotel y en el
Hotel de Ville.

La primera, iniciada por la simpá-
tica embajadora de Austria-Hungría,

SERIE 1.ª

no ha sido sólo una grandiosa manifestación del lujo: fué también una obra de caridad. Los convidados pagaron á buen precio el derecho de asistir al más espléndido de los bailes que se han celebrado este año: los productos íntegros se destinaban al socorro de las numerosas familias pobres de Austria-Hungría que habitan en Francia, país algo más rico y hospitalario que el suyo.

La embajadora llevaba un riquísimo traje azul pálido, profusamente adornado con encajes y diamantes. También lucía en su frente una diadema diamantina, y oprimían su cuello suavemente tres hilos de gruesas perlas. ¡Estaba encantadora!

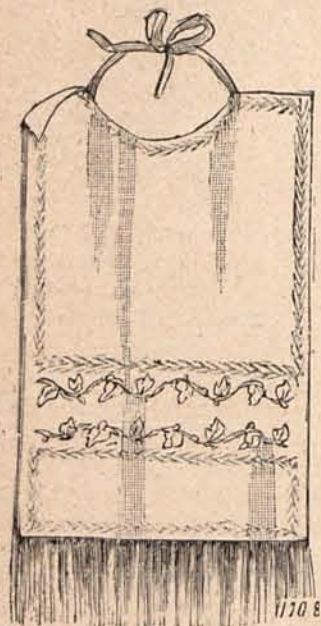
En este baile recibían las damas, al entrar en los salones, un precioso *carpet* de cuero de Hungría con las armas nacionales repujadas en oro.

En el baile del Hotel-de-Ville, donde se reunieron más de dos mil invitados, llamó la atención el traje de la señora del Presidente de la República, que era de riquísimo terciopelo encarnado

con larga cola, ornada por encajes antiguos de mucho valor. Su cabeza estaba constelada de diamantes. Los diamantes constituyen la última moda del momento.

Además de los bailes de máscaras que anuncié en una de mis anteriores revistas, hay en proyecto dos que serán muy interesantes, y, por decirlo así, de estudio. En el uno, todo, mobiliario, trajes, orquesta, servicio será una copia exacta del período más brillante del reinado de Luis XIV. En el otro se reproducirán los trajes más característicos de casi todos los países del universo, no permitiéndose que estén representados cada uno más que por una pareja.

Estos dos bailes ofrecerán un gran interés arqueológico y etnográfico



NÚM. 2.—SERVILLETA PARA NIÑO PEQUEÑO

Son muchas las familias distinguidas que se disponen á pasar el Carnaval en Niza, donde se preparan grandes mascaradas y fiestas animadísimas. Allí, en el delicioso *Paseo de los Ingleses*, se verificará el lunes una de esas fiestas que se conocen con el belicoso nombre de *batalla de las flores*.

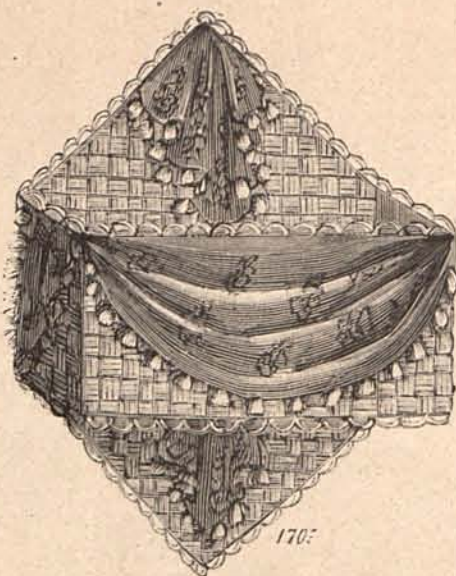
Las damas y los caballeros ocupan landós y victorias artísticamente decorados, y recorren el paseo en dos filas. Las señoras son las que arrojan las flores á los caballeros que van en los otros coches, y las damas que están al lado de los agredidos, los defienden, enviando á los otros caballeros idénticos proyectiles. En estos juegos se luce la habilidad, y sobre todo la puntería.

Un jurado examina el adorno de los carruajes, y varios individuos de este tribunal recorren á caballo el florido campo de batalla. Al final hay banderas de honor para los coches, como premio del arte con que han sido decorados, y coronas para las damas que más se han distinguido en el combate.

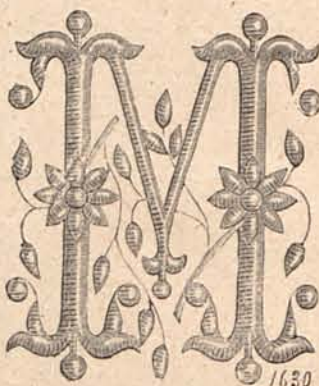
El desfile es precioso. Las vencedoras ostentan sus trofeos, mientras las bandas de música llenan el aire con sus marciales acordes.

Sería inútil en estos momentos de expansión, de algazara, de locas alegrías, que me detuviera á describir trajes ó á indicar novedades de la moda.

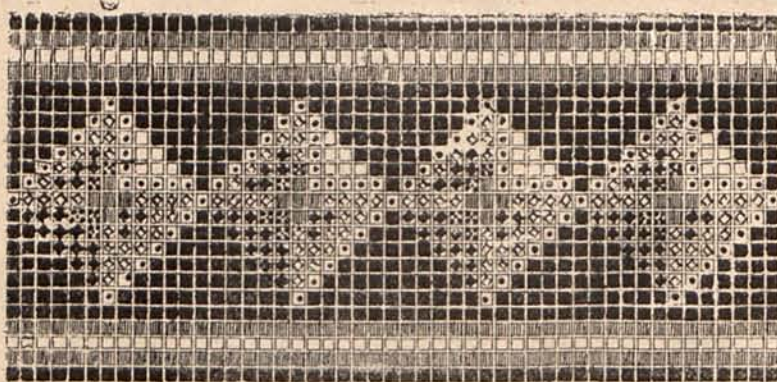
Dejemos pasar este breve período de luz brillante; contemplemos ese cuadro en el que los colores y las figuras parecen poseídos de un delirio alegre; admiremos esa grandiosa sinfonía del placer, que poco á poco irá alejándose, extinguiéndose; y



NÚM. 3.—PAPELERA

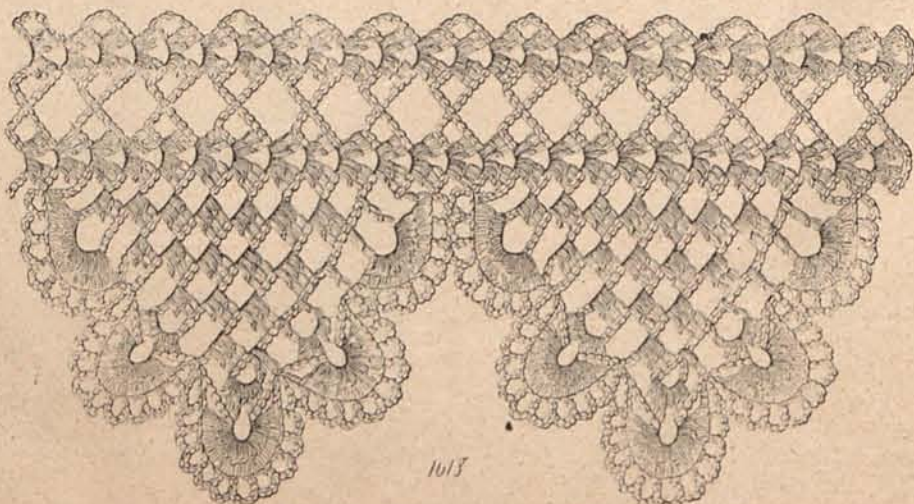


NÚM. 5.—INICIAL PARA BORDAR AL PLUMETIS



■ Brun. ■ Jaune. ■ Vert foncé. ■ Vert moyen. ■ Gris moyen. ■ Gris clair. ■ Blanc.
Marrón. Amarillo. Verde oscuro. Verde mediano. Gris mediano. Gris claro. Blanco.

NÚM. 6.—BANDA DE TAPICERÍA



NÚM. 7.—PUNTILLA AL CROCHET

cuando la calma renazca, y la razón recobre su imperio, volveremos á ocuparnos de las novedades de la moda, dictadas por el juicio, la economía y el deber de agradar, que es el que en primer término necesitamos cumplir, porque él entraña todos los demás.

BLANCA VALMONT.

Explicación de los grabados.

Núm. 1. **Sombrero Carlos IX.**—De terciopelo marrón. Ala recta. Copa plegada con un abullonado en el lado izquierdo, que cubre el pie de un grupo de plumas de avestruz. Un galón de pasamanería de oro rodea la copa.

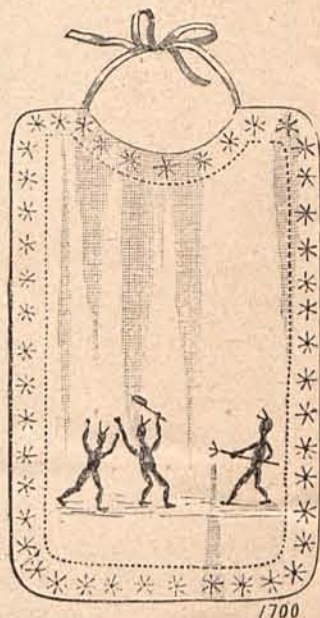
Números 2, 3, 4, 5, 6 y 7. (Véase *Labores*.)

Núm. 8. **Manga de fular.**—Abullonada, con un puño de tela escocesa en la parte baja.

Núm. 9. **Traje para calle.**—Cuerpo de lana lisa, azul marino, abierto sobre un chaleco de piqué blanco. Primera falda de tela rayada de dos tonos de azul por delante, y de tela lisa y plegada por detrás. Recogido de tela lisa. Tela necesaria: nueve metros de lana lisa y dos de tela rayada doble ancho.

Núm. 10. **Manga de lana lisa.**—Con bocamanga bordada, y adorno de tela brochada en la parte superior.

Núm. 11. **Disfraz de dama de la época de Luis XVI.**—Cuerpo de seda, fondo blanco con listas de *surah* azul celeste. Túnica de la misma tela. Falda redonda, guarnecida todo alrededor con pasamanería azul celeste. *Fichú* de *surah* blanco con listas azules y rosa. Sombrero de



NÚM. 4.—SERVILLETA PARA NIÑO PEQUEÑO

paja de Italia, rodeado de una guirnalda de florecitas azules. Lazo de cinta azul en la parte posterior del sombrero. Medias y zapatos de seda azul.

Núm. 12. **Disfraz de dama florentina.**—El cuerpo, que es de raso gris, está bordado por delante con perlas grises, oro y bronce. Gran cuello plegado, de *guipure* punto de Venecia. Mangas con abullonados de raso color fuego. El delantero de la falda está cubierto de bordados como los del cuerpo, separados entre sí por tiras de raso de color de fuego, bordadas de perlas grises. Los *paniers* de los costados y la cola son de raso gris. Pequeño tocado de raso gris, bordado de perlas de todos colores. Medias y zapatos de seda gris.

Núm. 13. **Traje para niña.**—Es de lana *beige*. Chaqueta muy larga, abierta sobre una camiseta fruncida, de la misma tela, sujeta en la parte alta con un pequeño canesú. Cuello vuelto y mangas lisas. Lazo doble de cinta en la parte baja de la camiseta. Falda plegada todo alrededor, con *pouf* por detrás.

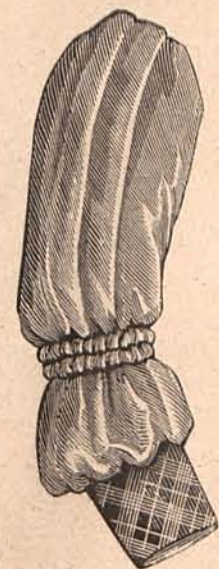
Núm. 14. **Cuerpo de capricho.** De lana lisa abierto sobre una camiseta *surah* sujeta en la cintura con un plegado de la misma tela. Mangas lisas con bocamangas abullonadas, de *surah*.

Núm. 15. **Traje para niña.**—Este traje es de *cheviotte*, de un color unido. Falda completamente lisa. Túnica blusa, sujeta en la cintura con gruesos cordones de pasamanería. Chaqueta cruzada, adornada con botones. Cuello alto y mangas lisas.

Núm. 16. **Salida de baile.**—Elegante abrigo de terciopelo color

nutria, formando picos en los costados y cubierto de bordados de oro. Una magnífica piel de zorro azul adorna el escote, el delantero y las bocamangas.

Núm. 17. **Abrigo largo.**—De terciopelo gris hierro, adornado con tiras de piel de castor natural, y aplicaciones de pasamanería. Un ancho fleco de pasamanería se coloca, formando pico, en la parte baja de la manga. La parte de detrás del abrigo cae en pliegues rectos. Sombrero de terciopelo gris bordado de perlas, con un lazo de cinta y un penacho de plumas adornando la copa.



NÚM. 8.—MANGA DE PULAR

Núm. 18. **Traje para niña.**—Blusa de lana listada, con cuello vuelto á la marinera, que deja ver un *plastrón* de tela lisa. Lazo de cinta cerrando el cuello. Faldita de tela listada, plegada todo al rededor.



NÚM. 9.—TRAJE PARA CALLE

Núm. 19. **Traje para recepción.** Es de faya color crema. Cuerpo liso, adornado con una rica aplicación, bordada de plata, en forma de *plastrón*. Las mangas lisas; lo mismo que el cuello alto, tienen adornos de aplicación. Falda redonda, con tiras de aplicación bordada, colocadas á intervalos. Una túnica con tiras de aplicación, y una puntilla de plata en el borde, se recoge en los costados y cae en *pouf* por detras. Tela necesaria: 22 metros de faya.

Núm. 20. **Traje para concierto.** Bonito traje de terciopelo nutria. Cuerpo corto sujeto en la parte baja, con un broche de pasamanería. *Plastrón* de seda crema, acabado en punta, bordado al pasado, con seda de varios tonos de nutria. Solapas de terciopelo rodeando el *plastrón*. Mangas lisas con carteras de seda bordada. Golpes de pasamanería adornando los hombros y las solapas. Falda drapeada por delante y formando *pouf* por detras. Una quilla de seda crema, bordada como el *plastrón*, y rodeada de golpes de pasamanería, adorna el lado izquierdo de la falda. Tela necesaria: 20 metros de terciopelo y 2 de seda. Capota de terciopelo nutria, con el ala abullonada. Un grupo de plumas, color crema, adorna la copa.

Núm. 21. **Traje para niña.**—Chaqueta suelta, de lana azul marino, con aldetas todo alrededor, y abierta sobre una camiseta plegada de la misma tela.

Botones adornando la chaqueta. Faldita de tela escocesa con volante plegado.

Núm. 22. **Traje para casa.**—Cuerpo de faya gris ratón, con pechera de raso color de cereza, rodeado de solapas de terciopelo negro. Un plegado de raso cereza sale del delantero del cuerpo, que está rodeado por un bordado de *soutache* y perlas. Falda redonda, á grandes pliegues, abierta por delante sobre un plegado de raso cereza. Bordados como los del cuerpo, sirviendo de marco al plegado de raso. Tela necesaria: 15 metros de faya y 5 de raso.



NÚM. 10.—MANGA DE LANA LISA

LABORES

Núm. 2. **Servilleta para niño**

pequeño.—Se corta un pedazo de tela de 35 centímetros de ancho por 50 de largo, en la forma que representa nuestro dibujo. Después se dobladilla todo alrededor menos en la parte baja, que se deshila de modo que forme fleco, y se borda con algodón azul y encarnado.

Núm. 3. **Papelera.**—Esta papelera, que es de paja trenzada, se adorna con tiras de terciopelo.



NÚM. 11.—DISFRAZ DE DAMA DE LA ÉPOCA DE LUIS XVI



NÚM. 12.—DISFRAZ DE DAMA FLORENTINA



NÚM. 13.—TRAJE PARA NIÑA

el mismo punto, 3 de ca., un punto sencillo, 3 después, 3 de ca., 2 bar., 3 de ca., 2 bar., en el mismo punto. Vuelta: 9 de ca., 3 bar., 3 de ca., 2 bar., 3 de

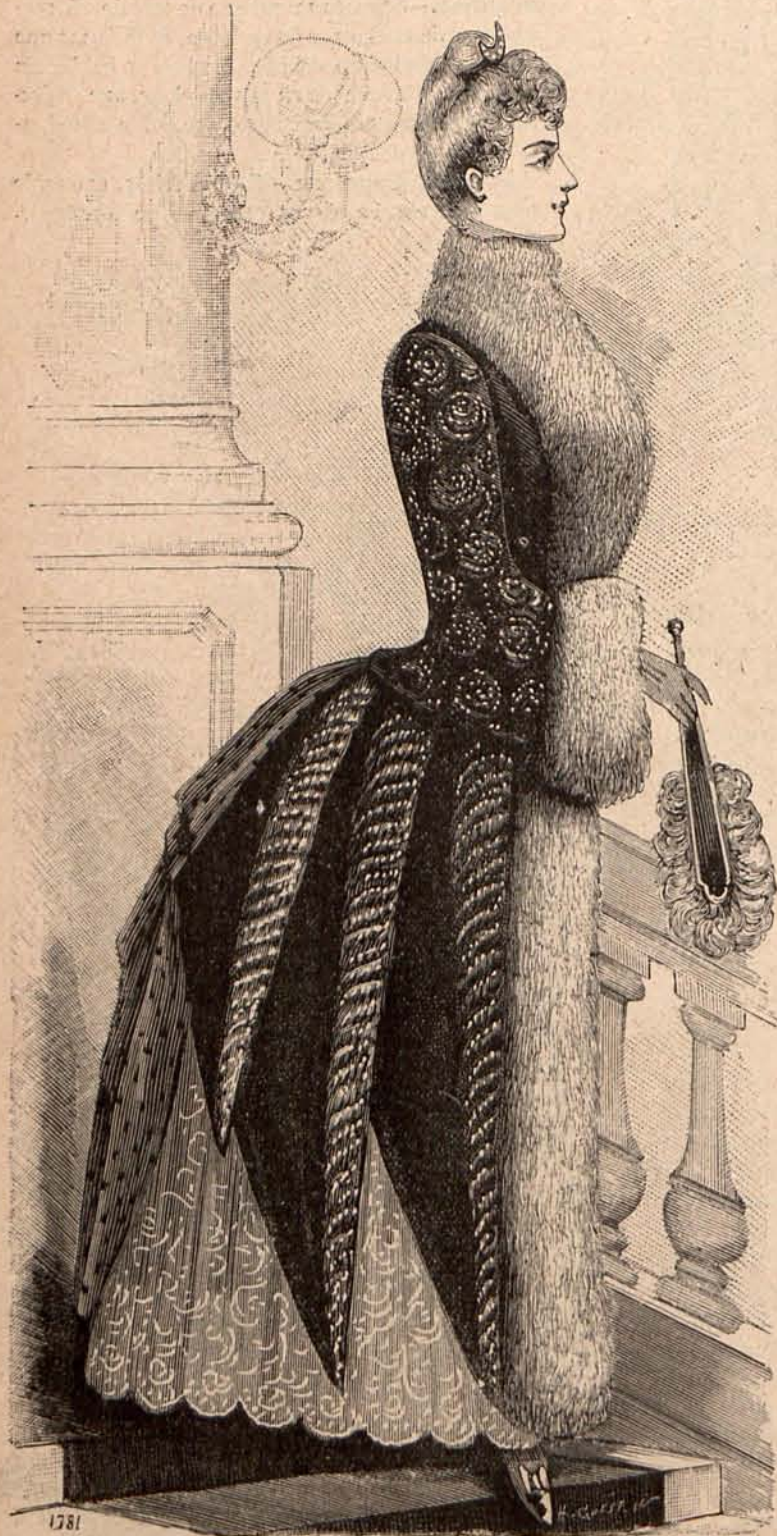
azul, cortadas al biés, en las que se bordan florecitas blancas y de color de rosa. Se forran las tiras con raso blanco y se rodean de borlitas de seda. Luego se colocan sobre la papelera formando graciosos recogidos.

Núm. 4. **Servilleta para niño pequeño.**—Del mismo tamaño que la anterior. Al cortarla se redondean las puntas. Se hace sobre el dobladillo una cenefa de estrellas, al punto de cruz, con algodón encarnado. Tres diablillos bordados al pasado, con el mismo algodón, adornan la parte baja de la servilleta.

Núm. 5. Inicial para bordar al plumetis.

Núm. 6. **Banda de tapicería.** Los colores están indicados por signos al pie del grabado.

Núm. 7. **Puntilla al crochet.**—Se ejecuta al través. El fondo y el entredós se hacen al mismo tiempo, mientras que el festón se hace después. Una cadeneta, se dejan 5 puntos de ca., 2 bar., 3 de ca., 2 bar., en el mismo punto. Vuelta: 9 de ca., 3 bar., 3 de ca., 2 bar., 3 de



NÚM. 16.—SALIDA DE BAILE



NÚM. 17.—ÁBRIGO LARGO

ca., 2 bar., en el aire entre los 4 primeros bar., del entredós. Siete de ca., 2 bar., 3 de ca., 2 bar., y se sigue siempre lo mismo, aumentando en cada vuelta. Cinco puntos de ca., y 2 bar., hasta llegar á medio pico; y disminuyendo lo mismo, hasta terminarlo.



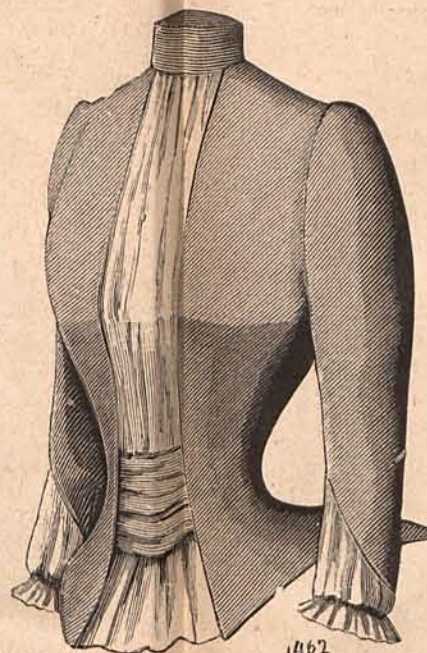
NÚM. 18.—TRAJE PARA NIÑA

El festón se compone de 24 bar. y 12 picos, formados por 3 puntos de cadeneta. Núm. 23. **Letras F. y G.**—Para marcar sábanas de diario. (Continuación del abecedario que estamos publicando.)

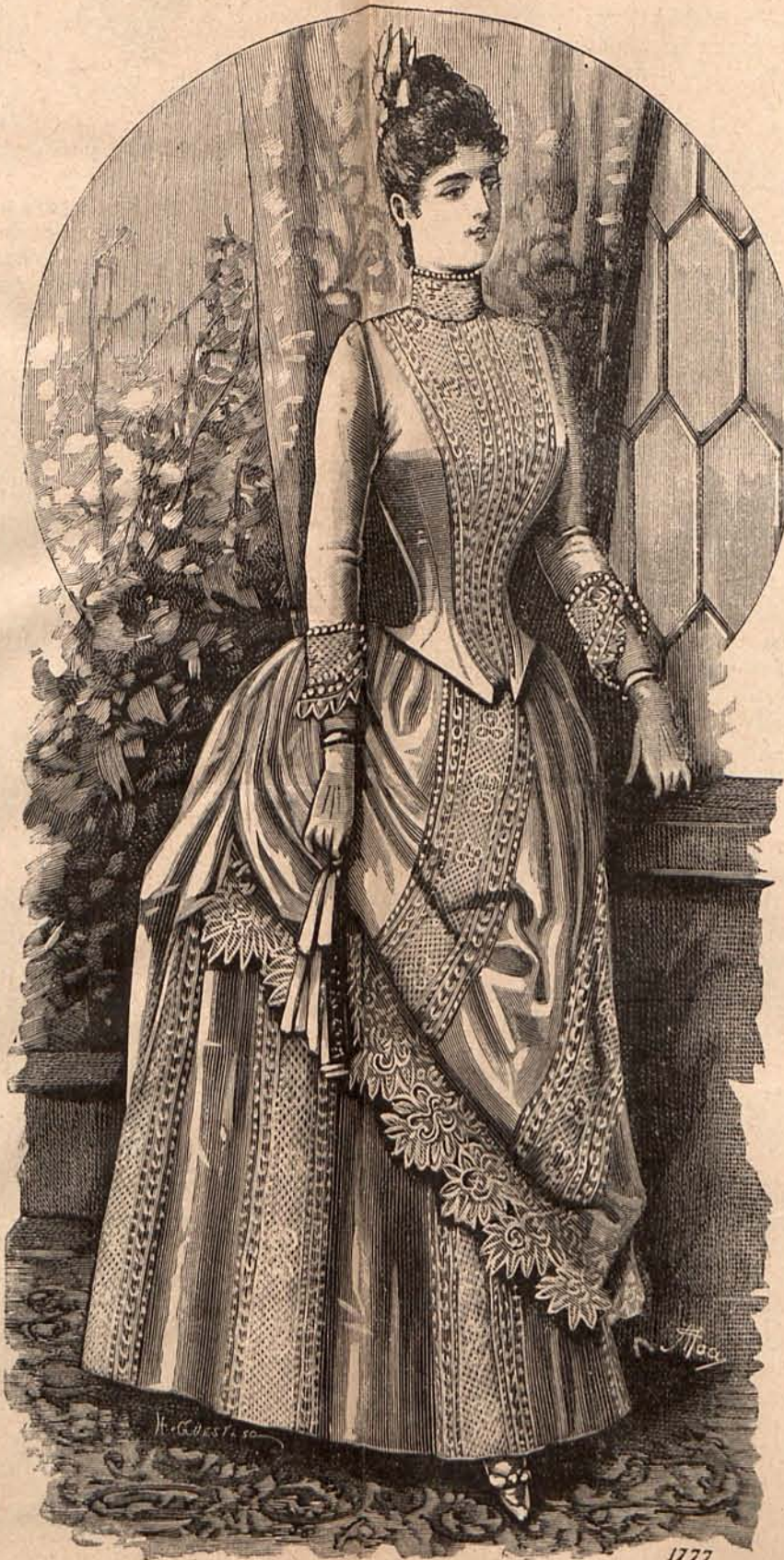
MEFISTÓFELES

I

—Ea, ya está aquí el traje... Ven hijo de mi alma... ¡Verás qué guapo y qué bien vas á estar!



NÚM. 14.—CULPO DE CAPRICHIO



NÚM. 19.—TRAJE PARA RECEPCIÓN

—¿Me llevarás al baile?

—Sí, amor mío; allí hallarás niñas y niños disfrazados con trajes preciosísimos, pero ninguno tan hermoso como tú.

—¡Seré muy bueno!

—¡Es claro!... Vamos, no hay tiempo que perder... Deseo que lleguemos temprano á la Zarzuela. Juana, Juana, venga usted á ayudarme á vestir á este caballero.

El niño, que podría tener unos



NÚM. 20.—TRAJE PARA CONCIERTO

cuatro años y que parecía un ángel arrancado de un cuadro de Murillo, se dejó poner las calzas, trusa, ropilla y capotillo de un rojo fuego que con el capacet y los puntiagudos borregufes formaban una copia del Mefistófeles que creó Goethe y que ha popularizado Gounod.



NÚM. 21.—TRAJE PARA NIÑA

Su madre, hermosa mujer de veintitrés á veinticuatro años, y la doméstica, una buena muchacha recién llegada del pueblo, vestían al niño, salpimentando la operación con sabrosos comentarios que hacían jugar la risa en sus labios, en tanto que el rapaz se dejaba adornar con la mayor seriedad.

—¡Yo quiero que me vea papá tan majo como estoy! dijo el niño cuando, libre de las manos que le habían aderezado, pudo mirarse al espejo.

—Mucho daría él por verte, pero no



NÚM. 15.—TRAJE PARA NIÑA



NÚM. 22.—TRAJE PARA CASA

puede ser. Ya te he dicho que ha ido á Pamplona á visitar á tus abuelitos, á sus papás.

—¿Me *ponerás* el traje cuando él venga?

—Sí, vida mía, sí; lo que tú quieras. ¡Eh! ¿Qué ruido ha sido ese?

—La ventana del comedor... ¡Hace un viento tan fuerte!

—¡Bah!

—¡Y frío!... Sí, señora. ¡Bien puede usted arropar á Luisito! Hace un día de perros.

—¡Aprensión! Han llamado... Vaya usted á ver quién es, mientras me echo el vestido de salir.

La doncella se fué con el niño, que quiso saber quién llamaba, y Carolina, que éste era el nombre de la protagonista de mi historia, se puso á escape un traje azul celeste que realzaba la belleza de sus azules ojos, de su cabello rubio y de su blanca tez; completó su adorno con algunos lazos y algunas joyas, y salió al encuentro de dos señoras, madre é hija, vecinas y amigas, á quienes reconoció por la voz.

—¡Luisito está precioso!

—Es favor...

—¡Digno hijo de tal madre!

—Muchas gracias.

—Veo que se dispone usted á salir.

—Sí, señora.

—Nosotras también. Papá nos ha sorprendido agradablemente.

—Cuando nos disponíamos á ir á pie á Recoletos, llama un lacayo y nos anuncia que nos espera abajo un landó.

—Venimos por ustedes para que nos acompañen.

—¿Por mí?...

—Sí, sí mamá... yo *quero* ir en el coche.

—La tarde está muy fría; echando los cristales, si es preciso, no hay miedo.

—El caso es... dijo Carolina, visiblemente turbada... que yo había prometido al niño llevarle al baile de la Zarzuela.

—Al baile en coche... eso, eso es lo que *quero*, dijo Luisito, dando saltos de júbilo.

—Más se divertiría viendo las máscaras.

—Y luego que en el baile hace mucho calor: con la mayor facilidad puede coger un resfriado.

—No por cierto... Irá muy abrigado... Además, no hace tanto frío como dicen ustedes.

—Un día de invierno, y de los más crudos. Vaya, anime usted...

—Lo siento, pero no puedo... He prometido al niño... Y luego unas amigas... quedamos en reunirnos allí.

—¿Cómo ha de ser!

—Al menos los llevaremos á ustedes al teatro.

—¿Para qué esa molestia?

—Tenemos el coche toda la tarde.

—Sí, mamá. ¡En coche, en coche!

No hubo más remedio; el rapaz se empeñó, y las complacientes vecinas los condujeron en su carruaje al teatro de la Zarzuela.

II

¡Qué cuadro tan animado y tan bello ofrecía el salón, enajado de microscópicas y encantadoras mascaritas!

Las mamás, muchas de ellas jóvenes, formaban el precioso marco de aquel cuadro que encerraba tantos ángeles.

En los palcos y todo alrededor del gran salón, las señoras formaban una orla. Algunos caballeros daban el tono oscuro á aquel claro tan bello. En el centro se agitaban los niños y las niñas con sus vistosos trajes, con sus caritas de manzana, sanotas y rollizas, con sus ojos brillantes, con sus sonrisas de serafines.

Carolina, que llevaba de la mano á su Mefistófeles, estaba visiblemente agitada.

Ya se lo conocieron sus vecinas:

—¡Algo extraño la pasa! dijo la señorita.

—¡Quizás eche de menos á su marido! contestó la mamá.

En efecto, Carolina adoraba á su esposo; pero en aquel momento cometía una infidelidad que era para ella un doloroso, pero, á su parecer, necesario sacrificio.

Por eso, ella, que no gozaba más que en su hogar,

en el seno de la familia que se había creado; que comprendía la locura que hacía llevando al niño al baile, en una tarde horrible; que temía las consecuencias de aquella resolución, sentía la angustia del remordimiento, y sin embargo necesitaba aprovechar aquella ocasión para lograr, en cambio de tan heroico esfuerzo, la paz de su alma y, lo que más quería, la paz de su hogar.

Antes de unirse con el hombre á quien había jurado eterna fe y á quien amaba sinceramente, había sostenido por breve tiempo unas relaciones de esas á que se ven condenadas las pobres mujeres cuando no tienen la fortuna de hallar en el primer hombre que regala su oído con la música del amor, el compañero de su vida.

Con la imprevisión propia de los pocos años había escrito cartas, que en poder de un hombre desalmado son una continua amenaza para las mujeres honradas.

¡Ah! ¡Ella y todas las que se hallan en su caso podrían tan fácilmente conjurar el peligro! ¡Pero los hombres somos unos tiranos!... Hay que confesarlo. ¡La idea de que la mujer amada ha podido siquiera pensar en otro... nos indigna! ¿Y qué han de hacer, las que sufrieron un desengaño, sino seguir sufriendo y ocultando como si fuera un crimen lo que sólo fué una desdicha?

El poseedor de las cartas de Carolina, al verla casada y feliz, se valió de aquel arma para intentar robarle la ventura que disfrutaba. Ella ocultó á su esposo aquella persecución, y aprovechando la ausencia del hombre á quien por nada del mundo habría ultrajado, y aprovechando—¡triste sarcasmo!—el Carnaval y el deseo de su hijo de vestirse de máscara, acudió al teatro de la Zarzuela para tener una entrevista con el antiguo novio, que la había ofrecido devolverle las cartas, por desdicha sin fecha, lo cual no tenía nada de extraño, porque los enamorados no saben en la época en que viven; las cartas acusadoras, que la quitaban el sueño y le hacían ver triste y sombrío el porvenir.

Las mamás sólo miraban á sus hijos: nadie notó que al lado de Carolina se sentó un caballero, y mucho menos que las mejillas de la joven se encendieron con el fuego á la vez del rubor y de la indignación.

—Mamá ¿quién es ese? preguntaba el pequeño Mefistófeles.

—¡Calle usted! decía ella al galán.

—¿Por qué le mandas que se calle? añadía el rapaz.

—Es que le digo que eres muy guapo y que te quiero mucho, indicaba el galán, tratando de acariciar al pequeñuelo.

—Pues yo no te quiero... ¡eres muy malo! ¡Vámonos, mamá!

No es posible imaginar un tormento como el que laceraba el corazón de aquella mujer honrada, de aquella madre santa y buena.

—Mira, dijo acercándose al grupo una señora que llevaba de la mano á una niña de la misma edad de Luisito, vestida de maja. Aquí tienes una pareja para bailar, si esta señora lo permite.

—¡Sí... sí... quiero bailar! exclamó el niño, acercándose con admiración á la microscópica manola.

—Si usted permite... yo los cuidaré... y en cuanto acaben de tocar traeré al niño.

Carolina accedió maquinalmente; no sabía lo que le pasaba.

Quedó un instante á solas, en medio del bullicio y de la gente, con el infame que, sin llevar el traje, era en aquel momento el verdadero Mefistófeles. ¿Qué la diría? Levantándose de pronto indignada, murmuró la palabra: «¡Miserable!» y corrió al encuentro de su hijo.

Aún no había terminado la polka que tocaba la orquesta. Luisito estaba muy acalorado.

—Perdone usted, dijo á la mamá de la maja, me encuentro mal... tengo que retirarme.

Y cogiendo de la mano al niño, se dirigió precipitadamente hacia la puerta, fuera de sí, sin saber lo que hacía.

En el dintel oyó una voz que dijo en su oído:

—¿No quieres que yo te dé las cartas en tu casa? Tu marido te las dará.

—¡Canalla! exclamó ella, saliendo precipitadamente con el niño.

Al llegar á la calle, el brusco cambio de temperatura le devolvió la reflexión que había perdido momentos antes, y entonces recordó que con las prisas y la agitación de su ánimo, había olvidado el abrigo del niño.

Pensando exclusivamente en su hijo, aceleró el paso en busca de un coche. ¡Un coche en lunes de Carnaval! Imposible.

—¿Por qué me llevas tan deprisa? ¿Por qué no me has dejado bailar? ¿Quién era aquél que te hablaba al oído? ¿Qué es lo que tienes, que parece que lloras? decía el niño al andar.

—¡Calla... calla por Dios, y tápate la boca, hace un frío horrible!... Corre para que lleguemos volando á casa.

III

Aquella noche tuvo Luisito una fiebre de esas que asustan á los médicos, porque siempre ocultan una de las enfermedades que desesperan á las madres.

Al amanecer, las mejillas del niño parecían dos ascuas de fuego; su boca estaba seca, sus ojos desecados.

De cuando en cuando articulaba frases incoherentes... «¿Qué te dice ése?» ¡que se vaya!... ¡no quiero verle! ¡Vámonos...! ¡Mi parejal...! ¡la maja! ¡Mamá! ¡mamá!»

Y cuando Carolina se acercaba al abrasado lecho y tocaba las manos y la frente del niño.

—¡Vete! ¡vete! decía... ¡no me quieres! ¡Tú no eres mi mamá!

El médico, hizo al ver al enfermito, ese gesto que las madres acechan y comprenden siempre.

—No veo claro; dijo, estas fiebres son muy traídas. Temo un desenlace funesto.

Carolina oía con terror aquellas palabras. ¡Todo por ella! ¡Todo por haber creído que un miserable podría ser generoso!

—Se lo confesaré todo á mi marido, se decía, y él me perdonará... ¡Pero yo no me perdonaré jamás si pierdo á mi hijo!

La enfermedad se declaró: era una pulmonía, complicada con un ataque cerebral. A los tres días, el hermoso niño, después de una breve agonía, exhaló el último suspiro.

Las amigas de Carolina le arrancaron á viva fuerza del cuarto donde yacía como dormido el cuerpecito del ángel que había volado al cielo.

Hubo lo que siempre hay en estos casos, frases consoladoras de la amistad, lágrimas de dolor.

—¡Hijo de mis entrañas! ¡Ángel de mi vida! yo... yo he sido su verdugo, decía Carolina, fuera de sí, en el paroxismo de la locura.

Fué necesario amortajar al niño, y Juana, la doméstica, preguntó á su ama, alterando con la triste prosa de la vida la sublime poesía del dolor, qué traje le ponía.

—¡Que le pongan el mejor! dijo entre sollozos la angustiada madre; el último que se le ha hecho.

La criada fué á cumplir las órdenes de su ama.

IV

—No... no, exclamó Carolina al día siguiente, desasiéndose de sus amigas; yo no quiero que se le lleven sin verle, quiero darle el último beso...

—¡Pero, por Dios!

—Lo exijo...

—¿A qué fin?

—No hay remedio... ¡un instante no más!

Y consiguiendo abrirse paso, corrió á la estancia en donde en blanca caja yacía Luisito como sonriendo.

Al verle se detuvo Carolina; lanzó una terrible carcajada, y cayó al suelo sin sentido, al mismo tiempo que llegaban sus amigas.

La criada había interpretado mal las órdenes de su ama, y habían amortajado al niño con el traje de Mefistófeles.

JULIO NOMBELA.

UN ADEREZO DE BRILLANTES

POR

MARIO LARA

(Continuación) (1).

V

El resultado de la entrevista de Antonio con la anciana hubiera sido poco satisfactorio para el primero, si Martín, que habitaba en una guardilla inmediata, donde le tenía oculto por caridad una pobre lavandera, no hubiera decidido jugar el todo por el todo, al oír las proposiciones que hacía el caballero y las protestas de su madre de que ignoraba el paradero de su hijo.

De pronto se abrió la puerta, y Martín, presentándose con desenfado:

—Ya no puedo vivir más tiempo así, dijo. Si es verdad lo que ha dicho usted y he oído, añadió encarándose con Antonio, aquí me tiene usted a su disposición, resuelto a ganar lo necesario para marcharme con mi madre adonde a fuerza de trabajo logre, sin verme perseguido, proporcionarle la tranquilidad y el bienestar que mis locuras le han arrebatado. Si, por el contrario, es una estratagema para prenderme, sea en buen hora. No me resistiré. A todo estoy dispuesto.

Antonio, satisfecho de lo que pasaba, explicó al artifice su propósito y le ofreció, no sólo darle por su trabajo cuatro mil reales, sino proporcionarle las piedras falsas y facilitar su fuga cuando hubiera terminado la obra.

Martín le indicó dónde podría hallar los brillantes americanos, aseguró que haría un aderezo idéntico en todo al que le mostró Antonio, y que reconoció perfectamente; y le dio asimismo las señas del estuchista, asegurándole que podría obtener de él un estuche enteramente igual.

El marido infiel pensó un momento dejarle el aderezo; pero vaciló ante el temor de que el artifice le jugara una mala pasada.

—Si necesita usted ver el modelo, yo le traeré cuantas veces sea preciso, le dio.

—Es inútil, contestó Martín. Sin tenerlo delante será el que imite tan exacto en el parecido, que usted mismo no acertará a distinguirlos.

Antonio dio un billete de cien pesetas al lapidario, quedó en volver al día siguiente con las piedras falsas, y se alejó contento como si hubiera realizado una excelente operación de Bolsa.

—¿Qué tal ha parecido el aderezo a la señora de tu cliente? le preguntó Matilde.

—¡Ah, sí! Es verdad... ¡magnífico! No sé si te incomodará, pero manifesté deseos de enseñarlo a una amiga suya que es muy inteligente en joyas y que posee muchas de gran valor... y ¿qué había de hacer? Se lo he dejado. ¿No te enfadas?

—¡Oh! no...

—Mañana lo recogeré. ¿Quiéres que te lleve al Real esta noche? Cantan el *Fausto*.

—No tengo hoy gana de vestirme.

—Entonces iremos a la Comedia... ¡Hacen una lindísima!

—¿Qué fino y qué complaciente está hoy mi señor marido!

—¿Te quiero tanto!

—¿De veras?

—¿Puedes dudarlo?

—¡Ah! no... sería muy desgraciada si dudase, y soy feliz. Te dejo en libertad esta noche... Estoy leyendo una novela que me interesa mucho.

—¿Cómo se titula?

—*El Divorcio de la Condesa*... una de las más bellas obras de Merouvel, el novelista que más boga goza entre los lectores parisienses, según ha dicho *La Epoca*.

—No soy celoso... Te dejo con tu autor.

—¿Y tú?

—Yo iré al Bolsín.

Al día siguiente, porque no quería desperdiciar el tiempo, adquirió las piedras falsas, mostrando al vendedor las verdaderas para que las aguas se asemejasen; volvió a la casa de la calle de la Fe, dejó entregado a la obra a Martín Pieri y fué después a encargar el estuche, dejando para que sirviera de muestra el del aderezo, aunque no los brillantes, que guardó en un papel de seda con el mayor cuidado.

—¿Has ido a casa de tu cliente? le preguntó Matilde al día siguiente por la noche.

—¡Maldita memoria! ¡Ya se ve, con tantos asuntos!

—¿Te has olvidado?

—Sí... perdóname... pero mañana... Voy a anotarlo en mi libro de apuntaciones.

No se olvidó, en efecto; pero la señora de su cliente había logrado que su marido le comprase otro aderezo semejante, y tenía que llevarlo a casa de Ansorena.

—¡Es ya un abuso! añadió mostrándose enfadado. Eso no se hace ni entre íntimos amigos. He estado a punto de decirle una fresca... pero ¡ya se ve! la educación exige... En fin, mañana volveré...

—No hombre, no... eso parecería desconfianza. Yo no he de ponerme el aderezo.

—Con todo... mejor estaría en tu cómoda que en

esa casa... ¡No se puede ser amable... está probado! Diez días transcurrieron, durante los cuales agotó Antonio los recursos de su ingenio para engañar a su esposa. ¡Tiempo perdido! Matilde, como todas las mujeres que tienen fe en sus maridos, le habría creído de todos modos.

Por fin llegó el momento que Antonio ambicionaba como el colmo de su felicidad. Iba a humillar a Azelia, iba a lograr el triunfo, que no su amor, sino su vanidad codiciaba.

Pieri cumplió su palabra. Cuando sobre la sucia y tosca mesa de madera de pino que cubría un periódico extendido, colocó el artifice junto al aderezo verdadero, el aderezo falso en su estuche idéntico al de aquél, Antonio no pudo menos de estrechar la mano de Martín con efusión, exclamando:

—¡Es usted un artista!

—¿Queda usted satisfecho?

—Es admirable la semejanza... tanto, que me da miedo la idea de que pueda confundir los aderezos.

—Nada más fácil que evitar esa confusión; haré una señal imperceptible en el estuche del falso.

—No... no... Ya verá usted... guardo el verdadero en el bolsillo de la derecha, el falso en el de la izquierda, y no hay temor de que me equivoque.

Cerrados los dos estuches, Martín los envolvió por separado en papel de seda, mientras Antonio sacaba de su cartera diez billetes de cien pesetas y una carta de recomendación para un agente de Bolsa de París, amigo suyo.

Martín había resuelto irse a la capital de Francia con su madre.

—Me da usted cien pesetas de más, dijo al contar los billetes.

—Lo sé... pero no cuento el adelanto que le hice.

—¡Dios se lo pague a usted! dijo la anciana que presenció la escena engajando las lágrimas que la emoción hacía asomar a sus ojos.

—Buena suertel añadió Antonio ébrio de júbilo al marcharse, después de guardar los aderezos en los bolsillos, como había proyectado.

Cuando salió de casa de Martín eran las cinco. Hacía una tarde hermosa, sentía pesadez en la cabeza, estaba algo agitado; al llegar por la calle de Lavapiés a la plaza del Progreso, vio una victoria con la tabilla, subió a ella, se arrellanó en el asiento y dijo al cochero: «A la Castellana».

Creía seguro el triunfo y comenzaba a saborearlo.

—No dudo, iba pensando: el verdadero para Azelia; así verá que pago sus desdenes con generosidad, con esplendidez. No sé qué tiene esa mujer, pero me fascina, me subyuga... Obro mal, ya lo sé... mi Matilde no merece... ¡Oh! pero ¿por ventura dejo de amarla? Esto no es más que un capricho pasajero... ¡Quién sabe! ¡Qué tonterías pienso! ¿Había yo de perder la dicha que disfruto por un devaneo, por un capricho? ¿Había yo de jugar mi porvenir?... De ningún modo. ¡Tiene algo de diabólico en los ojos esa italiana! ¡Y no le faltan adoradores! Pero ella... ¡ah! ella debe tener el corazón de mármol de Carrara. Tal vez no. Las mujeres engañan... y las italianas más aún.

Interminables variaciones sobre el mismo tema fué haciendo mientras la victoria, que por casualidad iba tirada por un caballo de sangre, corría por la calle de Alcalá, el Paseo de Recoletos y la Castellana.

De pronto se fijaron las miradas de Antonio en otra victoria de lujo, en la que negligentemente recostada iba la bailarina, coqueteando con un jinete que tan cerca de ella caminaba al estribo, que hasta podía hablarla al oído, lo que hacía con frecuencia, arrancando sonrisas a su interlocutora.

—Ve detrás de ese coche, dijo Antonio al auriga.

El cochero dió la vuelta y obedeció.

Al cabo de un rato:

—Avanza, añadió Antonio.

Avanzó, y al pasar oyó decir a Azelia, dirigiéndose al galante jinete:

—Si después de la función quiere usted honrar mi mesa, le daré una cena de artista.

Antonio volvió el rostro y dirigió a la bailarina una mirada amenazadora.

Azelia le contestó con una carcajada.

Desconcertado, dió al cochero las señas de su casa.

—¡Oh! pensaba... yo estorbaré esa cena, y, lo que es más, castigaré a la miserable.

Al entrar en su casa:

—¿Está la señorita? preguntó.

—Vino a buscarla la señora condesa, su mamá, contestó la doncella, y me encargó que si llegaba el señor antes de que volviera, le dijese que no tuviera cuidado, que iban a hacer visitas.

Antonio se alegró de aquella ausencia inesperada, y se dirigió a su despacho.

—No, no vacilo ya, pensaba... ¡Esa coqueta, esa aventurera no merece el sacrificio que iba a hacer por ella! La humillaré, eso sí; le haré creer que me engaña, y cuando crea poseer el aderezo de brillantes que tanto ha deseado, sólo poseerá las piedras falsas. Le daré una lección, y tendrá buen cuidado de ocultarla.

Al mismo tiempo sacó de los bolsillos los dos aderezos y los colocó sobre la mesa con el mayor cuidado para no confundirlos.

(Se continuará.)

ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

¿No saben las lectoras lo que pasa con los teléfonos en Madrid? Hace uno que le pongan en comunicación con una persona a quien desea hablar, aplica el oído y oye a la vez varias conversaciones, palabras sueltas, frases cortadas, un verdadero barullo, todo menos lo que necesita escuchar.

Pues esto es lo que a mí me sucede en este instante con los múltiples ecos de la novela de la vida en los últimos días, que quieren resonar a un mismo tiempo en mi revista y se abren paso para aparecer bajo los rasgos de mi pluma.

Bailes espléndidos ya realizados en aristocráticos salones y en casas de opulentos particulares; otros que se verificarán, cuando estas líneas vean la luz, en las alegres noches del Carnaval; grandiosa exhibición de magníficos trajes y prendidos, y del buen gusto y la elegancia de las damas a quienes engalanan; profusión de brillantes y de perlas; disfraces ingeniosos, bonitos, encantadores.

Todos los ecos de esta clase tienen un sonido que se asemeja al de las monedillas de oro cuando chocan, y al murmullo sedoso de los billetes de Banco cuando los cuenta el avaro en el silencio de la noche.

Pero con aquel límpido sonido y este murmullo, forma una verdadera disonancia el de los nuevos duros que, según cuentan, han sido falsificados antes que circularan los verdaderos; lo que si es cierto, dicho sea de paso, revela un gran adelanto en los falsificadores de oficio, puesto que no se limitan a imitar, sino que adivinan.

¡Es la falsificación por intuición!

Pidamos a nuestra perspicacia que no nos deje aceptar los duros falsos del nuevo cuño, en tanto que la policía halla la cuña que ha realizado una falsificación que llamaría descarada, si no hubiera un busto en las monedas.

Aunque estemos en Carnaval, no debemos tolerar esas bromas.

Los ecos del hipnotismo no quieren tampoco que darse relegados, y como son de dos distintas clases y disputan con verdadero encarnizamiento, arman tal bulla, que me apresuro a destapar la válvula para que salgan de su apuro.

—¡Es peligroso jugar con los nervios!

—¡No hay tal cosa!

—¡Hacer un espectáculo de la ciencia, convertir la terapéutica en un entretenimiento de sociedad, puede traer funestas consecuencias!

—La cuestión es pasar el rato, demostrar que se puede sugestionar al prójimo, hacer carrera, llamar la atención.

¡Vayan ustedes a armonizar estas dos notas discordantes! Ni el mismo Wagner lo conseguiría.

Por mi parte, creo, en efecto, que el hipnotismo no es cosa de juego; y me parece mucho más inofensiva, y sobre todo más a propósito para pasar las veladas, la distracción que la moda ha inspirado a las personas que se reúnen en los salones.

Es seguro que en la próxima Cuaresma adquirirá gran desarrollo este entretenimiento. Cuando no se deba bailar, la gracia de los pies pasará a la cabeza y entonces lucirán su ingenio... los que posean este precioso dón.

Se trata de un juego que no ofrece más que un peligro: el que corren en el mes de Junio los estudiantes desaplicados. Porque la distracción a que me refiero, es la llamada: *Preguntas y respuestas*.

Las señoras preguntan y los caballeros contestan. Alguna vez habían de cambiarse las tornas.

Para esta operación se necesita ingenio, chispa y oportunidad; pero por las señoras no hay cuidado: tienen en abundancia estas cualidades.

Como digo, las damas se reúnen, formulan unas cuantas preguntas, las escriben, doblan los papelitos que las contienen, los echan en un complaciente sombrero, y después cada caballero saca una pregunta, a la que tiene que contestar de viva voz en el acto.

En los preparativos se pasan ratos deliciosos: la función es en extremo divertida. Las respuestas oportunas, las que revelan talento ó gracia, se aplauden; las que pecan de candidez se saludan con risas burlescas; en resumen, se pasa la noche sin sentir.

Ya se están confeccionando tarjetones con bonitas orlas para escribir en ellos las preguntas, y me aseguran que como hasta en los salones más aristocráticos se jugará a *Preguntas y respuestas*, se venderán en breve urnas de porcelana, de cartón piedra con bellas ornamentaciones, y hasta de plata cincelada, para en cerrar en ellas las interrogaciones.

Gran negocio haría quien pudiera poner una tienda de ingenio y gracia al por menor.

—¿Han oído ustedes a la Patti?

—Es una atrocidad lo que cuesta el teatro Real cuando canta esa diva.

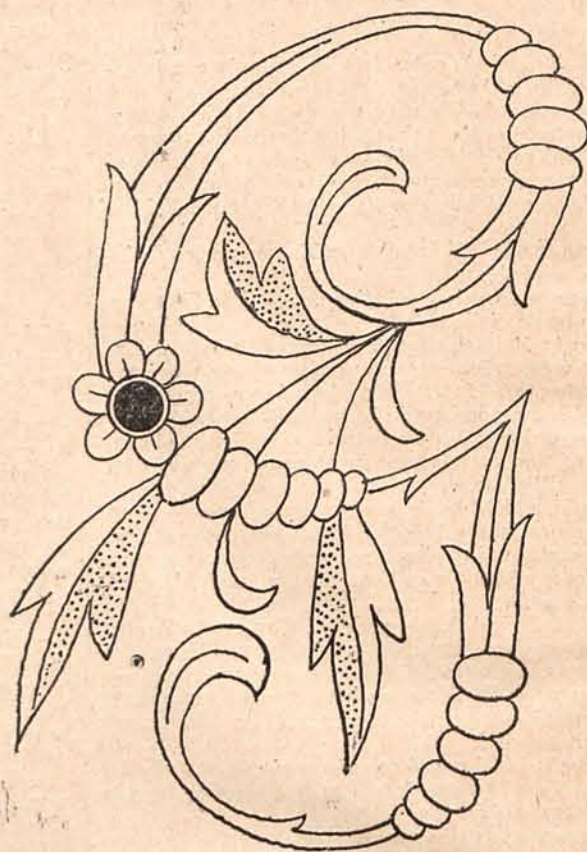
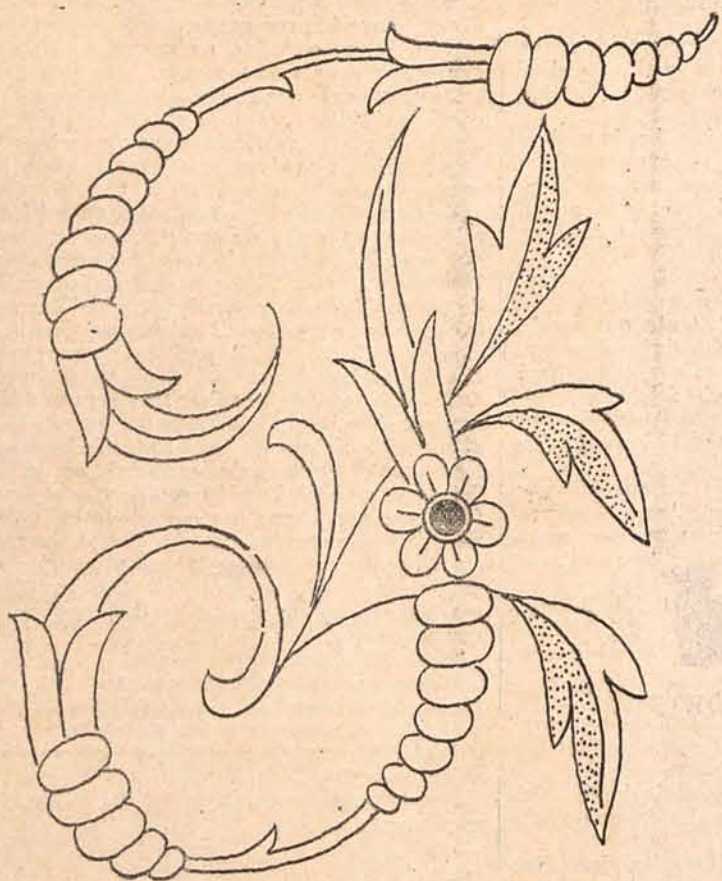
—¡Como que la Empresa tiene que darle por cada función dos mil quinientos duros!

—¡Qué locura!

(1) Véanse los números anteriores.

DIBUJOS ARTÍSTICOS PARA BORDADOS

POR DON MANUEL SALVI



NÚMERO 23.—ABECEDARIO PARA MARCAR SÁBANAS DE DIARIO (se continuará.)

—La culpa no es de la artista, ni de la Empresa, sino de los que tiran el dinero de ese modo.

—Calle usted por Dios... ¡qué se diría en Europa de nosotros, si no arrojásemos el oro á los pies de la gran cantante!

—Eso es, oro á los de fuera, y á los de casa... diez perros chicos por acto... y pare usted de contar.

—Además que ya no es, según dicen, más que un reflejo de lo que fué. Ha perdido las notas altas.

—Eso lo habrán notado los que la han oído desde el Paraíso.

—De todos modos, cuando ella canta, el Teatro se llena, y lo más distinguido de Madrid aparece en los palcos y butacas... ¡Se llevará quince mil duros sancaos! Madrid habrá gastado treinta mil en seis noches. ¡Después será ella!

—Decididamente somos ricos, aunque no lo notamos.

Para borrar estos ecos de la maledicencia y, lo que es más, para justificar á los que entre nosotros despilfarran el dinero, he aquí un eco que llega de la Gran Bretaña:

«El Jockey-Club de Londres ha festejado el vigésimoquinto aniversario del casamiento del príncipe de Gales, haciéndole un obsequio primoroso. Es una caja de juegos de salón, y contiene un *dominó*, cuyas fichas son de oro con incrustaciones de brillantes; una *baraja*, cuyas cartas son de seda, y cada una ha sido pintada por uno de los artistas más célebres y distinguidos de Europa, y por último, un *ajedrez* de oro y plata.»

Ha sido un regalo y un epigrama, porque, según parece, el príncipe es algo aficionado á este género de distracciones.

Podría terminar mis *Ecos* con los del Carnaval, que en los primeros días de esta semana han de ser los que estén á la última moda.

Prefiero transmitir á las lectoras un diálogo, que he oído entre un médico y un enfermo, capaz de deshipnotizar á los que más disposiciones tengan para ser sugestionados.

—Me encuentro mal, dijo el enfermo.

—¿Qué le duele á usted?

—El estómago.

—Tome usted manzanilla.

—¡Ya la tomo!

—Pues no la tome usted.

—¿Cuándo no es Carnaval?

JUAN DE MADRID

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

J. M. de H., Málaga.—Agradecemos sus elogios, pero, francamente, no tanto su sorpresa. Nuestro propósito fué siempre publicar una Revista digna de las

señoras españolas, y suponemos que lo vamos logrando, á juzgar por los plácemes que recibimos.

Elisa, Lérida.—En Francia, las señoras que asisten á una bendición nupcial llevan trajes claros. En España, para entrar en la iglesia, con cualquier motivo que sea, se prefieren los trajes oscuros, y sobre todo los negros. Hoy en Madrid y en algunas grandes capitales se lleva sombrero; pero la clásica mantilla española sigue usándose con preferencia en el resto del país para estos casos.

J. S., Soria.—El *surah* se limpia del mismo modo que la seda.

L. G., Segovia.—Todavía no se ha puesto á la venta *La Vida Madrileña*, de Enrique Sepúlveda, correspondiente á este año. El libro á que usted alude y cuya primera edición se ha agotado en pocos días, es el *Madrid Viejo*, de Ricardo Sepúlveda, una verdadera joya en todos conceptos. Su precio es 6 pesetas. Podemos remitírselo.

G. H. de Ch., Gerona.—Sí, señora: en todos los almacenes de loza y porcelana bien surtidos se encuentran los juegos de copas para el servicio de los diversos vinos, y las vajillas de varios colores y dibujos que constituyen en este ramo la última moda. Si tienen en alguno catálogo, lo pediremos y se le remitirá á usted.

R. P., Madrid.—Hemos pedido catálogos, y en cuanto los recibamos le enviaremos uno. Si usted tiene prisa, puede dirigir la carta con estas señas: *Al Bon Marché, Rue du Bac, París*. Respecto de las plumas, cintas y flores, si se trata de gran cantidad, lo mejor es dirigirse á las fábricas de París.

V.—Nos dice Salvi que, haciendo la cuarta parte del bordado del pañuelo, lo que á muchas les basta, el precio es 7 pesetas. Entero y dibujado en hule verde, que es donde se borda, 15 pesetas.

Señora doña Irene Rocas, Llufrin.—Sigue marcándose la ropa blanca con algodón de colores; pero la última novedad es marcar en color la ropa de mesa, y la demás en blanco. Hemos agradecido mucho las noticias que nos da. Tienen gracia las ocurrencias de esas buenas señoras, y nos han hecho reír mucho. Las daremos á conocer. Gracias por todo.

LA SECRETARIA

PASATIEMPO

CUADRADO DE PALABRAS



1.^a Lo que hacen los hombres de negocios y los músicos.

2.^a Lo que hacía Jesús mientras dormían sus discípulos.

3.^a Lo que gusta á los pequeños de estatura.

4.^a Lo que alegra á los empresarios de teatro.

5.^a Lo que quieren las madres que sean sus hijos.

(La solución en el núm. 8.)

SOLUCIONES DEL PASATIEMPO DEL NÚM. 4.^o

De la charada: MIOPE.

De la fuga de consonantes:

—La última moda, ¿cuál es?

Preguntaba una señora,

Y le respondieron varias:

—En leer LA ÚLTIMA MODA.

Han acertado la charada la señoritas doña Felisa Salinas, de Tudela y doña Gertrudis Arana, de Valladolid.

RECETAS DE LA MUJER CASERA

MODO DE IMPEDIR QUE LAS PATATAS SE GRILLEN Ó GERMINEN DURANTE EL INVIERNO.—Se escogen de tamaño mediano y se las pone durante algunos minutos en un horno en donde puedan calentarse lo bastante para que el calor mate los gérmenes. Las patatas, después de esta operación, se arrugan ligeramente; pero basta con que se las tenga algunas horas en un sótano ó silo fresco y seco para que parezcan recién cogidas de la mata. Lo mismo puede hacerse para conservar las cebollas.

La Última Moda.

SE REPARTE UN NÚMERO CADA SEMANA

Precio de cada número llevado á domicilio:

25 CÉNTIMOS DE PESETA

En Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza se admiten suscripciones por conducto de los Centros de repartidores comisionados al efecto.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.